



EBRIAS
DE AMOR

ANA ÁLVAREZ - ISABEL JENNER - SANDRA BREE
AVA CLEYTON - ANA E. GUEVARA

ENTRE BROMAS DE AMOR



Las chicas del JB se han reunido para pasar un fin de semana junto a sus parejas en el idílico paisaje nevado de la sierra de Gredos. El encuentro fuera del Lolita's no solo es una escapada que promete momentos románticos y divertidos, sino que coincide con una fecha muy especial que están más que dispuestas a celebrar... aunque sus chicos no tengan ni idea de lo que les espera.

Y es que cuando Vero, Romi, Tere, Chus, Anisi y Lena se juntan, puede pasar cualquier cosa...

Índice de contenido

Cubierta

Entre bromas de amor

Dedicatoria

Prólogo

Habitación azul

Habitación coral

Habitación naranja

Habitación morada

Habitación amarilla

Habitación rosa

Epílogo

Sobre las autoras

Notas

*Para todas nuestras Ebrias de Amor,
gracias por ser unas lectoras tan maravillosas*

Sierra de Gredos, Ávila
28 de diciembre

Las chicas del JB estaban todas juntas y de vacaciones. Y sus chicos las acompañaban.

Por un milagro que nadie entendía excepto Chus, que tenía línea directa con la patria celestial, habían conseguido cuadrar los horarios entre las celebraciones de Navidad y Nochevieja para poder pasar un fin de semana único en una preciosa casa rural que se alzaba entre los paisajes nevados de la sierra de Gredos.

El alojamiento, además de bonito, también era descomunal. El exterior tradicional de piedra y teja escondía una planta inferior con salón, sala de cine y cocina, y una planta superior de seis habitaciones con baños privados. Algo necesario para alojar a doce personas con el suficiente grado de intimidad que requería la situación. Sobre todo, si Vero había llevado alguno de sus juguetes consigo.

Que la escapada coincidiera con el Día de los Inocentes solo hacía las cosas aún más interesantes...

Los primeros en llegar fueron Lena, Vero, Óscar e Ismael. Habían decidido ir todos juntos en el coche de Lena, y ella solo llegaría tarde a un sitio si antes la hubieran retenido a punta de pistola los atracadores de un banco... maniatada y amordazada.

Dejaron las maletas en el enorme salón, donde unas cristaleras de pared a pared se asomaban a un bosque cubierto de una capa blanca y esponjosa como el glaseado de azúcar, y se sentaron a esperar al resto para repartir las

habitaciones, ya que la dueña del establecimiento les había entregado las llaves y se había marchado.

Muy pronto, Anisi y Jorge entraron sacudiéndose los copos de nieve que se les habían quedado adheridos a la ropa al ir en moto. Los movimientos de Anisi eran un poco rígidos porque se había puesto tantas capas de tela como para vestir a tres personas en el Ártico. O, por lo menos, a ella y a Tere, que se abrió camino en la estancia con un sonriente Fernando a su costado —quien había conseguido que su compañera y amiga, Lucía, cubriera su turno en el centro de salud—. La vallecana llevaba el ombligo al descubierto, y el contraste entre la bufanda gruesa de leopardo que le rodeaba el cuello y los costillares expuestos a la intemperie era espectacular.

—Te vas a resfriar, Teresa —llegó la voz dulce de Chus desde la entrada poco tiempo después.

Tanto ella como Jesús traían los brazos cargados con botellas de carísimo vino tinto del que giran, degustan y hasta olisquean los sumilleres, y algún que otro lujo navideño como caviar del mar Caspio.

Los últimos en llegar fueron Romi y Kerem, y su aparición acabó con la animada charla alrededor de la chimenea repleta de troncos ardiendo porque Romi llevaba puesto un plumas normal. Negro. Sin nada estrambótico.

—Parezco una fotocopia de mí misma en blanco y negro, lo sé. —Se encogió de hombros con resignación—. Me lo ha regalado mi prima Sammy y es lo más abrigado que tengo.

Tras los besos y abrazos, Lena agitó las llaves de las habitaciones delante del grupo. Cada una tenía un llavero de un color.

—¿Lo echamos a suertes?

—Os lo dejamos a vosotras —respondieron los chicos.

Tere cogió uno de los cojines del sofá, le sacó el relleno y se lo ofreció a Lena.

—Échalas aquí y las sacamos a ciegas, como las bolas del bingo.

—¿Metemos la mano todas a la vez? —propuso Vero.

Hubo un asentimiento general y, a la de tres, todas sacaron las llaves de sus respectivos cuartos. Amarillo para Vero, azul para Romi, morado para Tere, naranja para Chus, coral para Anisi y rosa para Lena.

—¿Nos volvemos a reunir aquí después de dejar las maletas y cambiarnos, guapis?

Anisi le había dado la mano a Jorge, que la estaba mirando con bastante intensidad.

—Cada uno que se tome el tiempo que necesite para atusarse, ¿eh? Sin prisas —intervino Romi con su expresión de mapache conspirador mientras Lena y Vero intercambiaban una sonrisa.

Aunque Chus no dijo nada, llevaba la palabra «culpabilidad» escrita en la cara, pero Jesús siempre había sido víctima involuntaria de los actos delictivos de su angelical novia y ni se dio cuenta.

De hecho, ninguno de ellos parecía sospechar que sus chicas se traían algo entre manos. Un 28 de diciembre. Un día para hacer trastadas. Un día para las inocentadas.

Los doce se encaminaron a sus dormitorios para empezar una escapada que prometía mucho, porque las chicas del JB no iban a dejar pasar ni la más mínima oportunidad en una fecha como aquella.

Habitación azul

Romi y Kerem

Mentiría si dijera que no entré en la habitación azul que nos había tocado a Kerem y a mí con la pequeña esperanza de que se pareciera a la aldea de los pitufos. Lo que me encontré, sin embargo, fue un dormitorio de aspecto lujoso y muy amplio, con una cama aún más grande cubierta por una colcha azul capri y cortinas a juego. El resto de la decoración tenía tintes navideños, con una guirnalda con acebo por aquí, unas piñas con lacitos dorados por allá y unos elfos de mirada astuta que nos observaban desde la mesilla de noche. Tenían las piernas colgando casi hasta el suelo de una forma antinatural que me resultaba perturbadora, porque todo el mundo sabe que los elfos no tienen extremidades kilométricas cual ángeles de Victoria's Secret.

—¿Quieres que los esconda en el baño cuando nos vayamos a dormir, *tatlim*?

Me giré un poco hacia Kerem, que ya había dejado las maletas junto a la puerta y también tenía la mirada puesta en esos seres inquietantes.

—A ti tampoco te van —concluí—. Es por las piernas, ¿verdad?

~~Mi dios turco del desenfreno y los encuentros carnales de placer estratosférico~~ compañero en el amor y en el trabajo solo me sonrió y se acercó para bajarme la cremallera

del abrigo negro que todavía llevaba puesto. Y que seguía siendo negro por completo porque aún no había tenido tiempo de coserle los parches de «Barrio Sésamo» adquiridos para solventar dicha contingencia.

Al abrirse las dos partes del plumas, quedó al descubierto la joya de la corona de mi colección de jerséis de invierno: sobre un fondo de lana rojo chillón, hileras de muñecos de nieve, galletas de jengibre, bastones de caramelo, cenefas alpinas y abetos de Navidad giraban unos sobre otros en un apabullante *horror vacui* textil.

—¿Crees que les gustará a los demás?

—Les va a volver locos, *tatlim*.

—De forma literal —me reí—. Sus ojos no van a ser capaces de registrar tantos estímulos.

Mi marido me sujetó de la cintura y acercó sus labios a mi oído.

—¿Te cuento un secreto? A mí me encanta todo sobre tu ropa, Romina. Desnudarte por las noches, ver qué eliges y cómo te vistes por las mañanas... y pensar en cómo deshacerme de todo otra vez al volver juntos a la cama.

Su acento suave y los besos que empezó a derramar sobre mi cuello iban a conseguir que ~~mi temperatura corporal se disparase hasta derretir toda la nieve de Gredos~~ me desviase de cierto asuntillo que tenía que llevar a cabo.

Y es que, el Jueves Borroso previo a nuestra escapada de fin de semana, cuando ya habíamos cerrado la reserva para entrar el día 28 de diciembre en la casa rural, se fraguó un plan alocado, eufórico y nada meditado en el Lolita's:

Íbamos a gastarles una inocentada a nuestros chicos asegurándoles que nos habíamos quedado todas embarazadas a la vez a propósito para repoblar el planeta con una nueva generación de pequeños retoños de las chicas del JB que crecerían y jugarían juntos.

¿Qué podría salir mal?

—Kerem... —empecé, después de un par de besos profundos y caricias lentas porque ~~tampoco tengo tanto auto-control~~ no quería que el pobre se sintiera mal con mi rechazo.

—¿Mmm?

—Ya que estamos hablando de ropa... quiero enseñarte algo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Me escurrí como pude de entre sus fuertes brazos, con el roce de su barba cosquilleándome todavía sobre la piel, y me agaché para abrir mi maleta y sacar unos cuantos pantalones que tiré sobre la cama. Cada uno era de un estilo. Vaqueros, de cuero, de pana, pero todos tenían algo en común. Algo que le iba a enseñar a Kerem en un momento. Cogí uno al azar y me volví hacia él.

«Vamos allá».

—¡Tachán! —exclamé mientras tiraba de la cinturilla de goma—. He transformado alrededor de un treinta por ciento de mis pantalones y los he convertido en elásticos.

—Eso está muy... ¿bien? —replicó, dubitativo.

No pude evitar contemplarlo un momento. Esa mañana habíamos salido con prisas y se había dejado el pelo largo suelto en lugar de peinarlo en el moño que solía llevar, lo que le daba un aspecto indomable que me aceleraba el pulso.

Además, había apoyado el trasero sobre la mesa donde estaba la tele y había cruzado un tobillo encima del otro en una postura que ~~me hacía pensar en lengüetazos, cristales empañados y otras picardías todavía más explícitas~~ resalta-ba su atractivo.

«Céntrate, Romi».

Carraspeé un poco y le di vueltas a mi anillo de casada.

—Sí, está muy bien. Y no solo por el máximo confort que supone ir sin apreturas para afrontar el reto que nos lanzan los excesos gastronómicos propios de estas fechas,

sino porque se adaptan al cuerpo y dan mucho de sí. Ya sabes, en caso de que necesiten expandirse. Hasta cierto punto, claro.

Kerem había fruncido las cejas y sus ojos oscuros solo revelaban confusión.

La inocentada no estaba resultando tan fácil como cuando lo habíamos hablado en un ambiente de camaradería aderezado con bastante travesura y copas con y sin alcohol en el Lolita's. Se me estaba empezando a secar un poco la boca de los nervios al pensar en cómo acabaría todo.

Menos mal que no se me había ocurrido sacar del maxi-bolso del caos la ristra de muñecos del Día de los Inocentes que había recortado con tanto esmero. La tarde en la que me dediqué a esa manualidad clandestina, se me había pasado por la cabeza darle uno a Kerem y decirle que lo llevara siempre consigo en un lugar visible porque era un amuleto de la buena suerte, una cosa muy típica en España. Hasta lo había plastificado para que le durase mucho tiempo y no se le doblasen las puntas.

Por suerte, alguna fuerza cósmica me había detenido a tiempo para evitar echar más leña al fuego. Quería gustarle una broma, no acabar con la relación.

Pensé en que mis chicas debían de estar en una situación parecida y me di ánimos para continuar. Tal vez debería probar un enfoque más simbólico. Puede que así me saliera mejor.

—Vale. —Descarté el pantalón de pana, acampanado a la par que elástico, sobre la cama e inspiré hondo, dispuesta a abordar el asunto sin más dilación—. ¿Puedo formular-te unas preguntas?

Él asintió una vez.

—¿Crees que si un unicornio y un dinosaurio se encontrasen podrían sentirse atraídos sexualmente el uno por el otro? Y, en caso afirmativo, ¿cómo se llamaría la criatura que concebirían ambos?

Noventa y nueve de cada cien seres humanos ~~y animales~~ se habrían sorprendido por las palabras que acababan de abandonar mis labios, pero Kerem era Kerem y estaba casado conmigo, por lo que su reacción fue distinta.

—¿Da igual qué tipo de dinosaurio sea?

—Ajá.

Descruzó los pies y se impulsó hacia delante para acercarse a mí con gesto concentrado.

—*Dinocornio*. ¿O puede que *unisaurio*?

Me producía una ternura arrolladora que siempre estuviera dispuesto a seguirme el juego en mis ~~absurdos~~ deslices mentales.

—Claro que... —Se llevó un dedo a la barbilla—. Si el enamorado fuera un diplodocus, sería más apropiado decir *unidocus*. Por eso me gustaría que fueras más específica.

Le saltaban chispitas de los iris. Sabía que yo estaba tramando algo y me estaba tomando el pelo.

Aquello no estaba marchando bien, pero yo era una avezada maestra de la improvisación, un as en reconducir conversaciones y llevarlas hacia donde quería, e iba a demostrarlo.

—Olvídate de los puñeteros diplodocus. He hecho un pacto... —balbuceé.

—¿Con el demonio?

—¡No! —La leche, Kerem estaba demasiado influenciado por mi prima Sammy—. Con las chicas del JB.

—¿Y qué es lo que habéis pactado, *tatlim*?

El corazón me latía tan fuerte que estaba convencida de que iba a provocar un alud que sepultaría la casa rural bajo toneladas de nieve.

Lo solté todo de corrido.

—Nos pusimos de acuerdo en quedarnos embarazadas al mismo tiempo. Es decir, ya. Es una fantasía que vayamos a tener hijos que se críen como si fueran familia. Anisi será la tía *loqui*, Lena y Vero pondrán cordura, Chus les enseñará a cantar en el coro, Tere a trucar motos y nosotros nos

los llevaremos de vacaciones a Estambul cuando sean mayores... ¿Kerem?

La nuez de mi marido se movía de arriba abajo en un movimiento hipnótico al tragar saliva de forma convulsa. Su piel, de un precioso color dorado, se había quedado pálida.

«Joder. ¡Voy a hacer que le dé un jamacuco!».

—Cariño, ven, siéntate en la cama.

Le agarré las manos y lo guie con cuidado hasta colocarlo sobre el colchón.

—Kerem, respira. Seguro que te ha dado una bajada de azúcar y necesitas regaliz. Espera, he traído bastante en el bolso.

—No, *tatlim*. —Me rodeó la muñeca y me atrajo hasta él con mucho cuidado hasta que quedamos los dos tumbados, abrazados sobre la cama—. Solo te necesito a ti. Te quiero más de lo que se puede expresar en cualquier idioma.

—Yo también te quiero —aseguré con un hilillo de voz y los ojos muy acuosos en respuesta a la emoción tan profunda que transmitía cada poro de su piel.

Me besó por toda la cara y me apartó el pelo antes de instarme con dulzura a que lo mirara.

—¿Cuándo ha sido? —Al segundo se le iluminó el rostro y me robó otro beso, esta vez en los labios, para después seguir con tono ronco—: ¿Ese día en la caravana del set de *Tú a Estambul y yo a Estepona 2*?

Me quedé sin aliento solo de pensar en lo que habíamos hecho durante aquella jornada de rodaje. Se había desatado la tormenta del siglo y habíamos tenido que esperar dentro de la caravana a que escampase para continuar las grabaciones en exteriores. Jamás me imaginé que mi cuerpo pudiera alcanzar esos niveles de flexibilidad y no acabar con una luxación de cadera. Aquel sí que había sido un arrebató salvaje, impulsivo, aunque nada cuyas conse-

cuencias no estuviéramos dispuestos a asumir de buenísima gana como la pareja sólida que formábamos.

—Ya sabes lo que dicen —susurré—. Antes de llover...

—No chispeó. Diluvió —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Y bendita lluvia.

De manera inconsciente, me llevé una mano a la tripa y luego entrelacé mis dedos con los de él.

—Kerem, lo cierto es que tengo algo que confesarte...

Me acerqué a su oído y se lo conté todo.

Habitación coral

Anisi y Jorge

—**H**ala, me encanta nuestra habitación coral, Jorge. Es *supercuqui* —exclamé pegando un brinco.

Tiré la bolsa de viaje y corrí hacia la ventana. Jorge se había sentado en el borde de la cama —una de esas súper mullidas, de madera e inmensa con un edredón blanco que la cubría— y me miraba sonriente.

—No te molestes en mirar fuera, cariño... no vamos a salir mucho de esta habitación.

Estaba tan atractivo ahí sentado, con su ropa de motorista de invierno. Yo aún estaba intentando recuperar la movilidad de mis manos y mis pies. Había pasado tanto frío en la moto que no podía ni desabrocharme la cremallera de mi mono de *Gore-Tex* «térmico», porque lo ponía en la etiqueta.

—Anda, ven que te ayudo a desvestirte, Frozen —se ofreció con una sonrisilla divertida.

Llevábamos sin vernos tres días. Estaba loca por que llegara el fin de semana, que me recogiera en casa para venir a pasar unos días con mis amiguis. Y con él.

Me acerqué y me coloqué entre sus piernas. Jorge se había quitado la parte superior del mono y llevaba una camiseta blanca pegada, que marcaba su musculatura.